

## Vino nuevo en odres viejos o la Metodología de un científico *deshonesto*

Ignacio Montero García-Celay  
*Universidad Autónoma de Madrid*

### Buscando las raíces: *Doxá, Episteme y Methodos*

Mi colega, y gran amigo, Orfelio León gusta decir que para escribir la introducción de una tesis no hay que remontarse a los antiguos griegos (o a nuestros abuelos del neolítico; ver León, 2005). Esta vez siento tener que contrariarle. Aun con la inseguridad que me produce saber que no estoy en mi terreno quisiera traer a colación las dos palabras que Platón utilizó en *La República* para referirse a dos formas distintas de conocimiento: *doxá* (opinión) y *episteme* (conocimiento cierto). El primer modo versa sobre las cosas visibles y el segundo sobre las cosas inteligibles (libros 5 y 6). El verdadero filósofo, el que según Platón debería gobernar el estado, debe esforzarse por alcanzar el segundo tipo de conocimiento y para ello debe servirse de la dialéctica (libro 7). Para referirse a la dialéctica acuña Platón el término de método uniendo el prefijo *metá* (más allá) con el sustantivo *odós* (camino): «el método dialéctico es el único que, rechazando sucesivamente las hipótesis, se eleva hasta el propio principio con objeto de asegurar sólidamente sus conclusiones» (Platón, *La República*, libro 7, trad. 1966).

Así que el primer autor de una teoría del conocimiento, que desconfiaba de las opiniones generadas por la observación de las cosas visibles, pensó en el método como una vía que las trascendiera para poder llegar al verdadero conocimiento, el que proviene de la contemplación de los *arché*. Un vez alcanzado ese conocimiento de los propios principios, se puede descender deductivamente sobre las cosas visibles porque ya es conocida su naturaleza ideal.

Su discípulo Aristóteles criticó la dualidad ontológica que implicaban esos dos mundos, lo visible y lo inteligible. Pensaba que el conocimiento venía dado por la percepción sensorial y la organización lógica de esas percepciones. Eso

---

*Agradecimientos:* agradezco a Carles Riba la invitación a comentar el trabajo de Juan Delgado. Asimismo quiero dar las gracias a Juan Ayrault y a Álvaro Rivero por su ayuda con el latín.

*Correspondencia:* Área de Metodología, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Madrid. Campus de Cantoblanco. 28049 Madrid. Correo electrónico: nacho.montero@uam.es

implica una clara referencia a la inducción como forma de formular proposiciones universales: «Así está claro que llegamos a conocer las premisas primeras por inducción; pues el método por el que la percepción sensible establece el universal es inductivo» (Aristóteles, *Análitica Posteriora*, II 19, 100b; citado en Copleston, 1981). De todos modos la parte más famosa de sus escritos sobre lógica se refiere a reglas deductivas (razonamiento con silogismos). Así, para Aristóteles el conocimiento también consiste en deducir lo particular de lo general y lo condicionado de su causa. Añadir que aunque Aristóteles sigue hablando de método, sus compiladores posteriores renombraron las obras relativas al mismo como *Organon* (Instrumento).

## El método de la ciencia moderna

Dando un salto enorme a modo de heurístico, si se me permite la licencia, quisiera presentar las ideas que Sir Francis Bacon introduce respecto al método inductivo en su libro titulado *Novum Organum*, publicado en 1620 (ver Navarro y Calvo, 1990). Este autor propugna el dominio de la Naturaleza mediante la investigación y, como bien indica el título elegido para la obra que acabo de mencionar, se sitúa en la tradición aristotélica de la inducción. En su afán por mejorar el método inductivo, critica la falta de sistematicidad de las propuestas aristotélicas. Propone que para alcanzar el conocimiento de las leyes que rigen determinadas propiedades de los objetos hay que partir de las observaciones y registrarlas en tres tipos de tablas: la tabla de presencia (casos en los que aparece la propiedad bajo estudio), la tabla de ausencia (casos en los que no aparece) y la tabla de grados (donde se registran los casos en los que aparecen variaciones en la intensidad de la propiedad).

Diecisiete años más tarde, 1637, Galileo explica el método experimental en una carta a Pierre Carcavy. Consiste en seguir tres pasos: (1) *Resolución* (mediante la experiencia se lleva a cabo un análisis –resolución– que permite aislar las propiedades esenciales de lo estudiado); (2) *Composición* (se construye una síntesis a modo de suposición –hipótesis– que enlaza las propiedades esenciales antes aludidas); y (3) lo anterior llevará a deducir unas consecuencias que podrán ser objeto de *resolución experimental*, o puesta a prueba de tales deducciones (ver Navarro y Calvo, 1990).

La modernidad bebió en las fuentes de las dos tradiciones: la inducción y la deducción. Desde entonces se han vertido ríos de tinta acerca de la bondad de uno u otro modo de proceder (y de su supuesta mezcla, el método hipotético-deductivo). Lo más sensato que he leído al respecto lo dejó escrito Hanson. En un libro publicado póstumamente empieza explicando que «para Galileo la experimentación era importante, pero sólo como una exhibición (...) de lo que ya había descubierto la razón (...) Montar una demostración (...) se dirigía principalmente a aquéllos que eran demasiado lerdos para seguir el argumento» (Hanson, 1971/1977, p. 25).

A la manera racionalista de concebir el experimento cabe contraponerle otra que Hanson denominaba irónicamente como “empirismo de secano” en la

que se defiende la experimentación y la observación controlada como «el verdadero origen, el desarrollo y la realización de todo lo valioso en la ciencia: Todo lo demás es “mera especulación”, o incluso “¡metafísica!”» (p. 26). Concluye: «evidentemente no puede existir una respuesta filosófica final y absoluta a la pregunta ¿qué es experimentar? La experimentación como demostración de la teoría es seguramente diferente del experimentar como fuente generadora de teoría» (p. 28). Termina poniendo ejemplos de la historia de la ciencia en los que se ha trabajado con éxito de un modo o de otro.

Un par de detalles más. Para los racionalistas, las esencias se expresan matemáticamente (aunque para Platón las matemáticas eran un modo menos elevado de conocimiento dentro de *episteme*). Eso se ha popularizado en frases del estilo “Las Matemáticas son el lenguaje de la Naturaleza”. Por el contrario, los empiristas radicales niegan el estatus científico de las Matemáticas: «Las proposiciones de las matemáticas son ecuaciones y, por lo tanto, pseudo-proposiciones» (Wittgenstein, *Tractatus* 6.2, 1922/1973).

## Psicología, Epistemología y Metodología

A partir de ahora dejaré de dirigirme a una audiencia desconocida –esperemos que amplia– para dirigirme a mi interlocutor de un modo personal.

¿De verdad crees Juan que los problemas a los que aludes –Psicología en crisis, Metodología rígida y presión por publicar– se ventilan mediante una discusión epistemológica relativa al método general, el uso de las matemáticas o la reivindicación del realismo ontológico, por citar tres de tus temas? ¿crees que tenemos que volver al “buen camino” y recuperar el modelo de las Ciencias Naturales –a las que, por supuesto, no les aqueja ninguno de nuestros síntomas?

Yo, sinceramente, creo que no. Más bien todo lo contrario, de ahí la primera parte del título de este comentario: no podemos poner el vino nuevo en odres viejos. Toda la presentación inicial que he hecho expone la lógica de dos modos claramente diferentes de pensar la investigación que han monopolizado la discusión durante mucho tiempo. Pero ambos han compartido la idea culminada en la Modernidad de que es posible alcanzar un conocimiento cierto sobre la Naturaleza y que ese conocimiento redundaría en una mejora para la vida de la Humanidad. Y esa idea es la que ha cambiado, la que está cambiando. Pero mejor, hablemos ahora de Psicología.

Recurro a los clásicos de nuevo. Cuentan los historiadores de la educación occidental (ver Bowen, 1976) que además de la mencionada obra de Platón *La República*, la obra de Quintiliano de Calahorra, *Institutio Oratoria* (La Enseñanza de la Oratoria) marca un punto álgido en el modo en el que los romanos concibieron la educación superior. En esa obra Quintiliano señala que Catón gustaba decir a su hijo que el buen orador debía tener dos cualidades: *Vir bonus, dicendi peritus* (*Inst.* 12, 1). Es decir, ser una buena persona y experto en el discurso.

Cuando la Psicología española diseñó sus primeros planes de estudios con independencia del resto de titulaciones de las Facultades de Filosofía –supongo que a ti te pilló de lleno el cambio aunque quizás te tocó todavía el programa

con años “comunes”–, alguien debía estar inspirándose en la *Institutio*, porque, por lo visto, el buen psicólogo también debe cumplir dos condiciones: *Indagator bonus, methodologiae peritus*. Pero no sólo eso. Hay que añadir que aquí –como tú bien señalas– se entiende que Metodología es sinónimo de Estadística (Análisis –estadístico– de datos).

Esta hipertrofia de la Investigación y la Metodología en la formación del futuro psicólogo –claramente anclada en la retórica moderna de la necesidad de la Psicología de alcanzar el estatus de ciencia– ha producido efectos perversos de toda índole. Uno de ellos se puede caracterizar como fobia que se aprende por condicionamiento clásico y se mantiene por el operante. Queríamos que nuestros estudiantes entendieran la Estadística como *methá odós*, pero, al sobre-representarla en el currículo, hemos conseguido provocar la extendida opinión de: “*nomhe 'odas* con la Estadística” –si me permites el chascarrillo.

Pero hay otro más grave para el que no sé si la psicoterapia y la buena pedagogía sirven de algo. Después de leer la última parte de tu artículo, ahí donde describes tus labores de asesor para otros investigadores, bajé corriendo a la Biblioteca a consultar el manual del *DSM-IV*. Tuve suerte porque enseguida encontré lo que había activado mi preocupación: “Trastornos disociativos”. Dentro de ellos creí identificar tu sintomatología: “Trastorno de identidad disociativo”. Los criterios diagnósticos son los siguientes:

- a) Presencia de dos o más identidades o estados de personalidad (cada una con un patrón propio y relativamente persistente de percepción, interacción y concepción del entorno y de sí mismo).
- b) Al menos dos de estas identidades o estados de personalidad controlan de forma recurrente el comportamiento del individuo.
- c) Incapacidad para recordar información personal importante, que es demasiado amplia para su explicación por el olvido ordinario.
- d) El trastorno no es debido a los efectos fisiológicos directos de una sustancia o de una enfermedad (*APA*, 1994, p. 499).

Claro que es una broma... pero ¿por qué diablos contraponés los dos personajes (psicólogo/metodólogo? ¿Qué tipo de experto en *camino*s somos cuando decimos que no es necesario saber dónde queremos ir? Claro que hay que estudiar más, hay que estudiar más Psicología –sobre todo. La disociación nos trastorna y aliena al investigador en el “metodólogo” (mi procesador de textos no reconoce esta última palabra y la subraya en rojo...).

Tampoco es solución que además nos convirtamos en epistemólogos (¿triple personalidad?). En tu artículo pones de manifiesto tu dominio del tema. Está claro que resulta útil estar al tanto de las discusiones actuales y no estar anclados en las de hace 50 años y presentarlas como acabadas. Pero me atrevo a hacerte dos comentarios: No mencionas para nada la discusión sobre la pluralidad de métodos –lo cuál no me extraña, dado tu entusiasmo por la inducción y el nivel de medida cuantitativo (para entendernos)– y asumes que las relaciones entre Psicología y Epistemología son estancas.

De esto segundo diré que mi colega Tino Blanco lo aborda muy acertadamente (Blanco, 2003) así que no me voy a extender. Resaltar solo que Psicológico

gía y Epistemología están –han estado desde siempre– en continua interacción. En sus palabras, la postura que establece «veamos primero qué nos dicen los epistemólogos que es la ciencia, decidamos si nos parece sensato, en esos términos, pensar en la psicología como una ciencia y procedamos entonces a actuar como científicos» (p. 3), no es la más acertada dada tal interacción.

Con respecto a lo primero, creo que uno de los signos de los tiempos es lo que se ha dado en llamar “diversidad epistemológica” (ver Guba y Lincoln, 1998, para una defensa; Siegel, 2006, para una crítica). Esta etiqueta hace referencia no sólo a que se utilizan técnicas de recogida y análisis de datos de tipo cualitativo (cualitativas las técnicas, no los datos), o diseños con menor grado de estructuración en el proceso de investigación, sino a que se están planteando concepciones alternativas de *episteme*. Más exactamente, dado que no parece posible tal *episteme*, se defiende incluir otras *doxás* dentro de la etiqueta de actividad científica o conocimiento científico. De hecho, manuales recientes sobre Metodología de Investigación en Psicología abordan dicha pluralidad sin ningún tipo de problema (ver McQueen y Knussen, 2006; Shaughnessy, Zechmeister y Zechmeister, 2006). Es más, este mismo año 2006, la AERA (*American Educational Research Association*) ha cerrado el periodo de revisión de un documento titulado *AERA draft standard for reporting on research methods* (AERA, 2006) en el que se proponen los modos más adecuados de presentar diferentes aspectos de la investigación estableciendo prescripciones *por separado* para los estudios cuantitativos y cualitativos. Se asumen como comunes sólo dos principios generales, a saber, la suficiencia de las garantías mediante los datos (*sufficiency of the warrants*) y la transparencia del informe (*transparency of the report*).

Imagino que no te gustan estas posiciones (aludes a ello de pasada cuando hablas de cambiar el concepto de ciencia) pero yo me arriesgo a decir que lo que hay que hacer no es recuperar la seguridad en el conocimiento cierto sino perderla del todo, renunciar a ella. Parafraseo a Nietzsche atreviéndome a afirmar que la verdad es aquella clase de error sin el que una determinada especie *de académicos* no podrían vivir.

## La cuestión moral y la falacia socrática

El artículo de Ovejero que citas (Ovejero, 1997, cfr. Ovejero, 2003) ilustra perfectamente lo que, en mi opinión, resulta más pernicioso de todo este asunto. Atribuyendo a Khun gran parte de los males que nos aquejan a los científicos –sociales, por supuesto; los demás no tienen problemas– este autor explica el deterioro de la situación a partir de la publicación de la *Estructura de las Revoluciones científicas*. Las ciencias sociales siempre han sido débiles pero en vez de esforzarse más y tratar de mejorar, los argumentos de Khun les sirvieron de excusa, de tal modo que:

...ahora las cosas cambiaban, la ciencia vendría identificada por el conjunto de actividades compartidas por una actividad científica. Se trata, como se ve, de un criterio social, pragmático. Se acabaron las reglas... Todo resultaba lícito. Cada cual podía

ensimismarse en su asunto y hacerlo, además, con buena conciencia, por razones de método (Ovejero, 1997, p. 60).

¡Qué gran desastre el del relativismo! Pero sobre todo es un desastre moral porque, como se remata más adelante, «la propia debilidad teórica alienta la debilidad moral» (p. 61). El colofón es que para ser buenos hay que ser sabios (entiéndase, investigadores dentro de un modo *ortodoxo* de entender la ciencia). ¡Sócrates en estado puro!

Rafael del Águila lleva a cabo una labor encomiable de –podríamos decir– deconstrucción de lo que denomina la *falacia socrática* (Del Águila, 2004). Ubicado en el territorio de la teoría política este autor identifica una cadena de ideas que tienen mucho que ver con el moralismo con el que acabamos todos aliándonos para sostener nuestras posiciones ontológicas y epistemológicas «el pensamiento es virtud, la virtud es idéntica a la felicidad, nadie es malo voluntariamente, el mal es producto de la ignorancia...» (p. 125). Como bien señala, la falacia tiene un valor terapéutico, sirve para aliviar las escisiones en las que nos hallamos inmersos.

A mí me parece más sabio Del Águila que Ovejero. Es más, la retórica de este último desata en mí actitudes reivindicativas, como a ti el desastre del Prestige. Si ver las cosas así –con cierto relativismo ontológico y metodológico– me convierte en un científico deshonesto, sea. Cuando me presente en los cursos que imparto voy a usar esa expresión: “Soy Nacho Montero, profesor de Metodología de Investigación, psicólogo y científico *deshonesto*”.

## REFERENCIAS

- AERA (2006). *AERA draft standards for reporting on research methods*. Copiado de la red desde [www.area.net](http://www.area.net).
- APA (1994). *DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Barcelona: Masson.
- Blanco, F. (2003). *Epistemología y Psicología. Un viaje de ida y vuelta*. Copiado de la red desde [www.uam.es/personal\\_pdi/psicologia/orfelio/Blanco2003.pdf](http://www.uam.es/personal_pdi/psicologia/orfelio/Blanco2003.pdf).
- Bowen, J. (1976). *Historia de la educación occidental. Tomo I, El mundo antiguo*. Barcelona: Herder.
- Copleston, F. (1981). *Historia de la Filosofía, vol 1. Grecia y Roma*. Madrid: Ariel.
- Del Águila, R. (2004). *Sócrates furioso*. Madrid: Anagrama.
- Guba, E.G. y Lincoln, Y. (1998). Competing paradigms in Qualitative Research. En N.K. Denzin y Y. Lincoln (Eds.), *The landscape of qualitative research* (pp. 195-220). Thousand Oaks: Sage.
- Hanson, N.R. (1977). *Observación y explicación: guía de la filosofía de la ciencia*. Traducción de A. Montesinos. Madrid: Alianza (Original de 1971).
- León, O.G. (2005). *Cómo redactar textos científicos en Psicología y Educación*. Madrid: Netbiblo.
- McQueen, R.A. y Knussen, C. (2006). *Introduction to research methods and statistics in Psychology*. Harlow, UK: Pearson, Prentice Hall.
- Navarro, J.M. y Calvo, T. (1990). *Historia de la Filosofía*. Madrid: Anaya.
- Ovejero, F. (1997). T.S. Khun y las ciencias deshonestas. *Claves de Razón práctica*, 71 (abril), 58-61.
- Ovejero, F. (2003). *El compromiso del método en la teoría social postmoderna*. Madrid: Montesinos.
- Platón (1966). *La república*. Traducción de Juan B. Bergua. Madrid: Clásicos Bergua.
- Quintiliano, M.Q. (1996). *Sobre la enseñanza de la oratoria* (cuatro vols.). Edición bilingüe latín-español. Salamanca: Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- Shaughnessy, J.J., Zechmeister, E.B. y Zechmeister, J.S. (2006). *Research methods in Psychology, 7ª ed.* Boston: Mc Graw-Hill.
- Siegel, H. (2006). Epistemological Diversity and Education Research: Much ado about nothing much? *Educational Researcher*, 35 (2), 3-12.
- Wittgenstein, L. (1973). *Tractatus Lógico-Philosophicus*. Traducción de E. Tierno Galván. Madrid: Alianza. (Original de 1922).